

Patrimonio arqueológico y problemática indígena: El caso de la Huasteca

Dra. Diana Minerva Zaragoza Ocaña

Hablar de México es hablar de un país con una enorme tradición histórica. Es mover los hilos de un enorme tejido de culturas que tiene su propio pasado y su propia herencia.

México Profundo. Una civilización negada

Guillermo Bonfil

Introducción

El patrimonio arqueológico de México se convierte en tal a través del proceso de investigación, conservación y custodia de los restos materiales del pasado prehispánico. Es irónico que en muchos de los casos el patrimonio material de una nación exista precisamente por formar parte de las colecciones de un museo. En México, como en muchos otros países, estos patrimonios pertenecen a todos los pobladores del país e incluso, en algunos casos, al mundo como parte de un patrimonio colectivo, ya que se consideran como parte del acervo histórico de la humanidad.

Puesto que las culturas originarias se extinguieron hace siglos, surgen preguntas acerca de: ¿Cómo podemos corresponder el pasado prehispánico con los actuales grupos indígenas? ¿Cómo podemos relacionarlos con aquellos remotos antepasados? ¿Podemos realmente asegurar una continuidad? Responder a estas preguntas es sumamente difícil, ya que este pasado en la mayoría de los casos se encuentra desconectado de los grupos étnicos actuales.

Por ello, como dice Hall: “La historia pasada fue real, pero la evidencia que sobrevive de ella puede estar distorsionada o desconectada [...] La evidencia incluye las tradiciones frecuentemente transmitidas de forma imperfecta a través de las generaciones; las ceremonias cuyo simbolismo ha cambiado para servir de respaldo a nuevos valores; los mitos de origen se adaptan a nuevas localidades; objetos ceremoniales cuyo completo significado sólo era conocido por los ancianos que han muerto [...] artefactos enterrados que hablan de

tecnologías hace mucho olvidadas y construcciones que hablan de rituales hace mucho abandonados”¹ (1997: 170).

Aun cuando los pueblos nativos de México tienen sus raíces en la civilización mesoamericana, se ha dado un rompimiento debido a los profundos cambios en todos los órdenes de la vida, individual y colectiva, a los reacomodos de poblaciones enteras en la colonia, a los desplazados de ahora, a la incorporación a nuevas religiones, así como a las migraciones. En muchos de los casos, estos factores ha provocado que se pierda totalmente el contacto con el pasado prehispánico y que los asentamientos arqueológicos les sean completamente ajenos.

La Huasteca

La Huasteca se localiza en la costa del Golfo de México. En el siglo XVI sus límites comprendían: al norte el río Guayalejo-Tamesí, al sur el río Tuxpan, por el occidente la Sierra Madre y al este el Golfo de México. Se caracteriza por un clima subtropical. Aunque originalmente poseía vegetación abundante y selvática, actualmente conserva vestigios de su ambiente remoto únicamente en algunos lugares. La vegetación de esta zona se encuentra sumamente alterada, debido principalmente a la introducción de pastizales indispensables para el desarrollo ganadero. El territorio, en gran parte, está conformado por el sistema hidráulico del Pánuco, el cual se extiende desde la Sierra Madre Oriental hasta la costa del Golfo de México.

La connotación lingüística de Huasteca y huastecos es: “hablantes de lengua mayance”. Esta lengua es hablada únicamente por los teenek,² que constituyen un sector de la población. Resulta entonces incorrecto el nombre, ya que con él se discrimina a una gran cantidad de habitantes de la región, hablantes de otras lenguas, entre ellos los mexicanos, otomíes, tepehuas y pames, quienes estuvieron asentados en este extenso territorio (Pérez Zevallos y De Gortari, 1988: 259). Esta región multiétnica y pluricultural no puede verse como exclusiva de un grupo, como se ha tratado siempre, ya que en ella, por lo menos para el siglo XVI (no es posible afirmar si desde antes), estuvo

¹ Traducción, Diana Minerva Zaragoza Ocaña.

² La forma de escribir la palabra *teenek* la tomo de Ángela Ochoa, 2000.

conformada por un mosaico de sociedades independientemente de la lengua que hablaron.

“El lenguaje, se ha dicho, no solamente significa la comunicación, sino que permite al individuo planificar conceptos simbólicos, y como tal es indispensable para estructurar el pensamiento”³ (Renfrew, 1992: 274). Se puede entonces inferir que a diferentes lenguajes corresponderían distintas manifestaciones simbólicas. No obstante, es sumamente difícil desprender de los indicadores arqueológicos una filiación étnica.

La ausencia de una historia narrada por los primeros evangelizadores impide tener un panorama amplio, de primera mano, del tipo de vida, costumbres y religión de los antiguos habitantes de la Huasteca. Sin embargo, podemos inferir que en esta parte norte del Golfo de México (uno de los primeros lugares intervenidos por los españoles) la existencia de sus habitantes transcurría de una manera similar al resto de las civilizaciones del México antiguo. Es decir, eran sociedades agrícolas con una estratificación social muy marcada.

Aunque existieron varios grupos étnicos en el área, los que se encontraban en forma mayoritaria (por lo menos en el siglo XVI) fueron, por una parte, los de habla mayance, los teenek y, por otra, los de habla náhuatl, los mexicanos. Estos grupos, evidentemente contemporáneos por sus artefactos, tienen diversidades significativas en cuanto a su patrón de asentamiento, elementos arquitectónicos y expresiones artísticas. ¿Es la diversidad étnica del área la que crea esta diferenciación apreciada en los elementos arqueológicos? Por desgracia esta pregunta sigue sin respuesta, ya que aún no hemos podido dilucidar la razón de tales diferencias.

Se sabe que los símbolos tuvieron gran significado entre los pueblos antiguos: “Los significados pueden únicamente ‘guardarse’ en los símbolos”⁴ (Geertz, 1973: 127). Pero cómo descifrar esos significados si desconocemos prácticamente todo acerca de los pueblos que los crearon. ¿Es posible que expliquemos los fenómenos desde la mentalidad de las sociedades desaparecidas como propone la arqueología post procesual? No lo creo y por

³ Traducción Diana Minerva Zaragoza Ocaña.

⁴ *Ibidem*.

lo tanto es cuestionable hacer reconstrucciones o, mejor dicho, construcciones de ellas “adentrándonos en sus mentes”⁵ (Renfrew, 1997: 43).

Si bien la etnografía y la etnohistoria ayudan en gran medida a la arqueología, no considero válido extrapolar, sin reflexión, estas apreciaciones a la época prehispánica. Como menciona Preucel: “...Watson (1986) ha demostrado que aun cuando tuviéramos la oportunidad de obtener información bien confirmada en el presente, no tenemos justificación para usarlos en la explicación de las sociedades pasadas, ya que nunca conoceremos el grado de realidad de la analogía”⁶ (1991: 21).

La multiétnicidad de la Huasteca nos muestra un panorama heterogéneo, y “por lo tanto debemos resaltar las particularidades de cada grupo étnico” (Pérez Zevallos y De Gortari, 1988: 365).

Así como el altiplano central estuvo constituido por una serie de pequeños estados,⁷ podemos suponer que en la Huasteca, entre los siglos XV y XVI, imperaba una situación similar, expresada por Broda de la siguiente manera:

Se trataba de unidades políticas de reducida extensión territorial basadas en una economía agrícola y en una población campesina que dependía de un centro urbano, donde se localizaba la sede de gobierno y la residencia de la clase dominante. Los gobernantes procedían de linajes de nobles que, por lo general, dominaban la vida política de las ciudades-estados (Broda, 1989: 439).

Debido a que no hay referencias directas que narren la vida, costumbres e ideas de la población de la Huasteca, sólo podremos vislumbrar lo sucedido ahí en época prehispánica (Zaragoza, 2003a y 2003b.) mediante la interpretación de los estudios arqueológicos, aunados a los escasos datos etnográficos que encontramos en las poblaciones actuales.⁸ Fray Nicolás de Witte⁹ hace varias menciones a lo que se ha llamado Huasteca y dice que: “En todas partes había un señor universal como en México, Mechoacan y Meztitlan, eceto en la

⁵ *Ibídem.*

⁶ *Ibídem.*

⁷ Estas unidades se suelen designar con el término de “señorío”, derivado del feudalismo español que fue usado ampliamente por los cronistas del siglo XVI. Johanna Broda 1989: 439.

⁸ Asentadas tanto en la Sierra Madre Oriental como en las serranías de los estados de Veracruz e Hidalgo.

⁹ En quien se basa la mayoría de los investigadores que han trabajado en la Huasteca para la problemática de gobierno.

Huasteca, que es tierra de Pánuco, que cada lugarejo está por sí y tenían guerras y lianzas con quien mejor parecía, como los señoríos de Italia” (Pérez Zevallos y De Gortari, 1988: 363). Quizá la ausencia de una hegemonía política en la Huasteca se deba a las diferencias étnicas, por lo que sólo cuando se veían amenazados por presiones externas se unían. Sin embargo, desde la evidencia arqueológica es prácticamente imposible saber si realmente fue así. Witte al escribir la carta desde Meztitlán narra que la población fue arrasada:

La Guasteca, como digo, no tenía señor universal, sino particulares señores todos, y ahora ninguno particular tampoco, porque uno los hizo juntar todos los señores de ella en un corral y atados los puso fuego; y así está perdida toda esa tierra, aunque es la más poblada que cubre el sol, por los edificios antiguos que hallamos en ella (Cuevas, 1975: 222).¹⁰

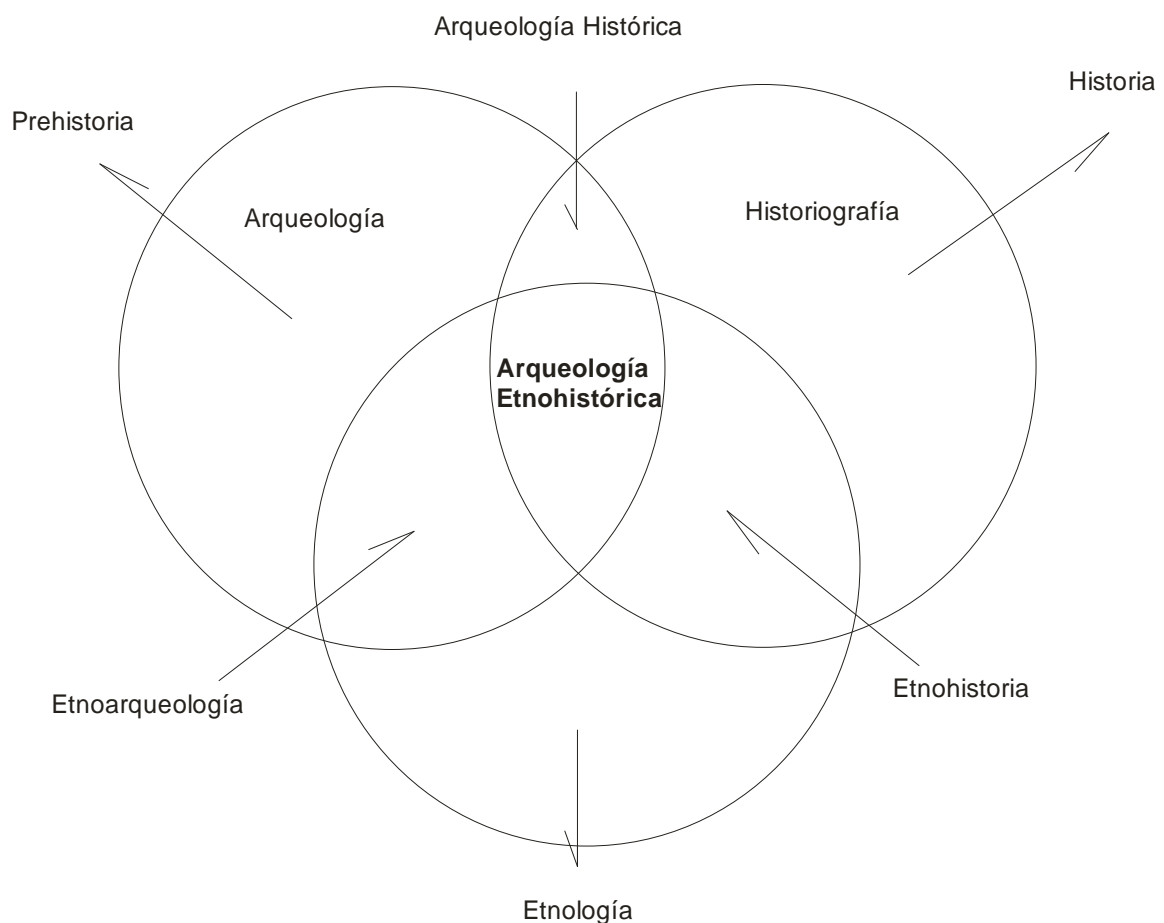
Fue en 1725 (doscientos años después de la llegada de los españoles) cuando el bachiller Carlos de Tapia Zenteno escribió acerca de los indígenas de la Huasteca. Su libro es uno de los pocos documentos que describe brevemente las costumbres, cosmogonía, ideología y tradiciones. Meade (1950), en su ensayo acerca de la vida y obra de Fray Andrés de Olmos (primer evangelizador de la región), consigna datos relacionados con la vida de sus habitantes.

Por desgracia la Huasteca ha sufrido incontables embates que han motivado su destrucción; siendo los primeros las conquistas mexicas y posteriormente la intervención de Nuño de Guzmán (De la Torre, 1998: 194), quien en aras de su avaricia, provoca matanzas y venta de indígenas, lo cual ocasiona prácticamente la aniquilación de la población nativa en la planicie costera. “El sometimiento de esta región fue particularmente violento, no sólo porque estuvo a cargo de Nuño de Guzmán, entre cuyas hazañas se cuenta el haber quemado a 400 nobles reunidos, sino porque durante años se capturaron miles de indios para ser vendidos como esclavos en las Antillas” (Pérez Zevallos y De Gortari, 1988: 364).

¹⁰ Puede tratarse aquí de la narración de las atrocidades que cometió Nuño de Guzmán en la Huasteca, aunque Witte no menciona quién cometió tal genocidio.

Por ello, la ruptura en esta parte del territorio mexicano, entre la población originaria y la actual, es muy grave, ya que la memoria histórica de los pueblos se ha perdido en gran medida. Es por eso que utilizo, desde el punto de vista teórico, la arqueología etnohistórica que puedo sintetizar en el siguiente diagrama (Brain, 1988: 11), donde considero indispensable conocer tres aspectos:

1. Los restos materiales de las culturas prehispánicas que proporcionan datos primarios.
2. Los documentos históricos.
3. Las observaciones etnográficas.



Las interrogantes que se desprenden del estudio de las evidencias arqueológicas antes mencionadas, me llevan a proponer el uso de los

conceptos de área cultural,¹¹ la cual he dividido en subáreas culturales específicas, denominadas de la siguiente manera:

- a) Subárea de Pánuco.
- b) Subárea de Oxitipa.
- c) Subárea de Tuxpan.

Una de las dificultades que se enfrentan en la Huasteca son las variantes en los diseños que desarrollaron las sociedades ahí asentadas, ya que manifestaron su pensamiento a través distintas forma. Por lo tanto no se pueden ceñir a una sola categoría de comportamiento humano, ya que el pensamiento simbólico de cada grupo es distinto.

Por ejemplo, en las tres subáreas se localizan cerámicas conocidas como “huasteca negro sobre blanco” y “tancol policromo”, pero existen diferencias en los elementos que usan para su diseño. La subárea de Pánuco tiene principalmente representaciones de vegetales con un marcado énfasis en el maíz, además de motivos acuáticos (plantas y animales) relacionados con el inframundo y diseños concernientes al cosmos, así como algunos otros que se pueden relacionar con dioses. Mientras que la de Oxitipa comprende diseños mucho más complicados que, considero, representan al cosmos y a los dioses. La subárea de Tuxpan comparte con la de Pánuco muchos de los elementos, aún cuando básicamente sus diseños están relacionados con animales. La representación del maíz es algo que resulta similar en las tres.

En la escultura las subáreas de Pánuco y Tuxpan comparten elementos simbólicos, sin embargo, la manera de realizarla es diferente. En la subárea de Pánuco, específicamente en la parte correspondiente al río Tampaón (que al

¹¹ Existen muchas definiciones de área cultural, entre las que destaca la de Steward, quien menciona “El concepto de área cultural tiene un valor limitado, ya que está basado en regularidades que tienen lugar en diferentes sociedades dentro de un área particular” (1955: 79). Por su parte Olivé dice: “...las áreas culturales no son permanentes en la historia: nacen cuando en un ámbito se integra una poderosa tradición cultural, y se extinguen cuando ésta desaparece...” (1958: 79). Con esta segunda definición no estoy de acuerdo, ya que la dinámica social permite que dentro de un área cultural se manifiesten diferentes tradiciones. Fabregat define como área cultural: “...un conjunto de formas culturales semejantes, distribuidas en un espacio continuo y geográficamente delimitado” (1987: 168). Kroeber no define en su publicación lo que es un área cultural, sin embargo sí consideró que éstas se pueden diferenciar claramente en América. Menciona que están fundamentadas precisamente en características que las hacen ser distintas, y para ello se basó, en parte, en la división que Ralph Beals había realizado (1992).

pasar por Tamohi toma el nombre de Tamuín), existe un estilo escultórico que Trejo (1989) ha llamado escultura del río Taquín. Este estilo corresponde a las representaciones de personajes independientes, es decir no forman parte de otro elemento escultórico, con marcada deformación craneana y los dientes mutilados, características –como sabemos– de los habitantes de esta parte de Mesoamérica.

La escultura de la subárea de Tuxpan que, como dije anteriormente, comparte con la de Pánuco algunos elementos simbólicos, no lo hace así con la forma de trabajar la piedra, ya que en la mayoría de los casos se elaboraron lápidas (Trejo, 1997). Por el contrario, en la subárea de Oxitipa el estilo escultórico difiere totalmente del de las otras dos, tanto en sus formas como en sus representaciones.

En cuanto a las soluciones arquitectónicas, a los materiales constructivos utilizados, así como a la disposición de los sitios, las tres subáreas tienen ciertas diferencias. Mientras la de Pánuco se distingue por un tipo de arquitectura basado en estructuras de planta cuadrangular con las esquinas redondeadas, elaboradas con base en cantos rodados; en Oxitipa las estructuras están elaboradas con lajas y las esquinas son angulares. La subárea de Tuxpan, a semejanza de la de Pánuco, cuenta con estructuras de esquinas redondeadas y en algunos casos toda una porción de la estructura es circular, sin llegar a ser totalmente redonda.¹²

Consideraciones finales

Para finalizar quiero hacer una reflexión acerca de los rasgos etnográficos que he tenido oportunidad de observar. En este caso haré referencia a las dos etnias mayoritarias que viven en esta parte de México, es decir, a la nahua y a la teenek.

En estas etnias destacan las ceremonias propiciatorias de las cosechas, en donde se advierte el uso permanente de cierto tipo de vasijas prehispánicas, en las que se guardan los granos de maíz dentro de una cueva, para sembrarlas al año siguiente. Utilizan vasijas prehispánicas porque consideran que al usar

¹² Por cierto la arquitectura circular ha sido, por muchos años, considerada como distintiva del área Huasteca. Sin embargo, con base en mis apreciaciones, considero que esto es falso.

una vasija nueva la cosecha no será tan buena, lo cual por desgracia lleva a la destrucción de los contextos arqueológicos.

Al comparar los diseños de las cerámicas negro sobre blanco con los bordados que usan tanto las mujeres teenek como las nahuas, se encuentran diferencias muy sutiles.¹³

En ambas etnias se utilizan bordados en el *quechquemitl* con el árbol de la vida, donde se representan los rumbos cósmicos. Aun cuando los símbolos utilizados entre los teenek y los nahuas son semejantes, en los rituales los grupos no se mezclan, esto sin importar que haya lazos matrimoniales, ya que las uniones interétnicas sólo se han realizando últimamente.

En ceremonias y danzas que he tenido la oportunidad de presenciar, he constatado que la relevancia del dios asociado al maíz está en todas ellas. El maíz es el que representa su cosmogonía. Entre las mujeres teenek el árbol de la vida está rodeado por un camino de maíz que provee de alimentos a su pueblo. Mientras que entre las mujeres nahuas se presenta el árbol de la vida rodeado por una serpiente de algodón o serpiente emplumada, llamada Quinintzan, representada por grecas. Esta serpiente es similar a las que se encuentran en los diseños prehispánicos y que, para algunas personas, también simboliza al maíz pero con distinta connotación, ya que aquí se está plasmando el dios que consigue el sustento (podría pensarse que se recrea el mito de Quetzalcóatl como proveedor de semillas). Si bien se expone de distinta manera, la representación del maíz persiste en ambas etnias hasta nuestros días.

Aunque las diferencias se perciben tanto en los diseños de la cerámica, la escultura y los patrones arquitectónicos de las tres subáreas que he propuesto, me es imposible definir si se trata de diferentes etnias. Por ello, en este estado de conocimiento, creo que simplemente son variantes que obedecen a distintas maneras del pensamiento simbólico.

A través de los estudios realizados en comunidades indígenas, vemos cómo las creencias de origen prehispánico y el catolicismo se unen hasta nuestros

¹³ Por desgracia las referencias obtenidas con respecto al simbolismo de los bordados, no creo que hayan sido lo suficientemente apegados a la realidad, sino más bien a lo que el informante creyó que el investigador quería saber.

días, incluso utilizando los espacios sagrados católicos para efectuar ceremonias al maíz con adaptaciones actuales de los rituales originarios. Esto demuestra, como dice Geertz:

“...que existe un patrón de significados transmitidos históricamente, representados por símbolos, un sistema de conceptos heredados, expresados en forma simbólica mediante los cuales el hombre se comunica, perpetúa y desarrolla su conocimiento y su actitud frente a la vida (Geertz, 1973: 89).

Bibliografía

Bonfil Batalla, Guillermo

2001 *México profundo. Una civilización negada*, Consejo nacional para la cultura y las Artes, Lecturas Mexicanas, cuarta serie, México.

Brain, Jeffrey P.

1988 *Tunica archaeology*, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

Broda, Johanna

1989 “La expansión imperial mexicana y los sacrificios en el Templo Mayor”, *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, pp. 433-475, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Cuevas, Mariano

1975 *Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México*, Porrúa, México.

De la Torre Villar, Ernesto

1998 *Lecturas históricas mexicanas*, tomo I, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Geertz, Clifford

1973 *The interpretation of cultures*, Basic Books Inc. Publishers, Nueva York.

Hall, Robert L.

1997 *An archaeology for the soul. North American Indian belief and ritual*, University of Illinois Press, Urbana and Chicago.

Meade, Joaquín

1950 "Fray Andrés de Olmos", *Memorias de la academia mexicana de la historia*, tomo IX, núm. 4, pp. 374-463, México.

Ochoa, Ángela

2000 "Las aventuras de *Dhipaak* o dos facetas del sacrificio en la mitología de los teenek (huastecos)", *Dimensión Antropológica*, año 7, vol. 20, México, septiembre-diciembre, pp. 101-123.

Pérez Zevallos, Juan Manuel y Ludka de Gortari Krauss

1988 "La etnohistoria en la Huasteca", *La Antropología en México. Panorama Histórico*, núm. 13, "La antropología en el occidente, el Bajío, la Huasteca y el oriente de México", pp. 357-377, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Preucel, Robert W.

1991 "The philosophy of archaeology", *Processual and Postprocessual Archaeologies. Multiple Ways of Knowing the Past*, Occasional Paper núm. 10, cap. 2, pp. 17-29. Robert W. Preucel ed. Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University at Carbondale.

Renfrew, Colin

1992 *Archaeology and language*, Cambridge University press, Nueva York.

1997 *Archaeology. Theories, Methods and Practice*, Thames and Hudson, 2^a edición, Londres.

Trejo Campos, Silvia

1989 *Escultura Huasteca de Río Tamuín (figuras masculinas)*, Instituto de Investigaciones Estéticas, Cuadernos de historia del arte, núm. 46, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

1997 "Las estelas huastecas de Huilocintla, Veracruz", *Chicomoztoc*, vol. VI, pp. 11-59, México.

Zaragoza Ocaña, Diana

- 2003a "Algunas consideraciones sobre la cerámica Huasteca Negro sobre Blanco", *Arqueología. Segunda época*, enero-abril, núm. 29, pp. 125-140, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 2003b *La Huasteca siglos XV y XVI: Propuesta de subáreas culturales, Tamohi como estudio de caso*. Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.